

LARA BELI

Un plan
~~IM~~PERFECTO



UN PLAN IMPERFECTO

LARA BELI

Título original: Un plan imperfecto.

@ Lara Beli

Febrero 2019

Esta obra tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra los derechos de la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad o con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

Para mi J, mi S y mi L.

SINOPSIS

UN DEDO HACIENDO UN GESTO OBSCENO

JAMÁS LE RECOMIENDO A MI MADRE LAS TÍAS QUE
PASAN POR MI CAMA

NOSOTROS, LOS AFORTUNADOS

LA NIÑA DEL CAPARAZÓN

WALT WHITMAN AL OÍDO

LA ÚNICA PECA DE SU CUERPO

PODRÍAMOS HABERLO HECHO

DESDE LAS TRIPAS

MENTIRAS POCO CONVINCENTES

COMO MATA HARI

DOS AMIGOS FELICES Y CANSADOS

UNA TREGUA MUDA

COSQUILLAS EN LOS DEDOS

YO NO ERA SUFICIENTE

SUS HUELLAS

MÁS ENIGMAS, MÁS SECRETOS

EL PARIA

CONQUISTAR UNA ESTRELLA

CARNE CONTRA CARNE

SOLO UNA PALABRA

LA NOCHE DE LOS MILAGROS

LAS MANOS DE CAESAR

LA VERDAD

O FORTUNA

TRAICIÓN

MONTAÑAS DE BASURA

LAS MANOS DE UNA MADRE

SANGRE Y NIEVE

EL CAPARAZON ROTO

EPILOGO

SINOPSIS

Fiona Archer tiene un objetivo: convertirse en una periodista seria y respetada y se ha esforzado mucho para conseguirlo. Por eso no está nada satisfecha cuando el único empleo que consigue es de redactora de sociedad en la revista *Madame*, entrevistando a los ricos y famosos que tanto desprecia. Como Blake Swanson, por ejemplo, heredero de uno de los ranchos ganaderos más importantes del país y que, por si fuera poco, se las arregla para dejarla desnuda y temblando durante su primer encuentro... literalmente.

Una semana. Es el tiempo que Fiona tiene para escribir un gran reportaje sobre Blake; tiempo que ella piensa emplear en desentrañar los oscuros secretos tras el éxito de los Swanson y sacar a la luz todos sus trapos sucios.

Pero, ¿y si en su afán por indagar en el pasado de la familia acaba encontrándose con algo muy distinto a lo que esperaba descubrir? ¿Y si nada es lo que parece? ¿Y si el amor se interpone?

Fiona tiene un plan perfecto.... hasta que deja de serlo.

UN DEDO HACIENDO UN GESTO OBSCENO

Fiona

El edificio Walsh se alzaba ante mí, erguido y afilado como un enorme dedo. Un dedo feo. Un dedo que parecía estar haciéndome un gesto obsceno: un “jódete, Fiona” en toda regla. Me paré en la acera, respiré hondo y traté de no tambalearme sobre mis nuevos tacones de cien dólares. Casi se me saltaron las lágrimas cuando tuve que pagarlos, pero como decía mi madre: “la cabeza y los tacones, siempre altos”. Lástima que para lo único que ella ha levantado la cabeza en su vida ha sido para apurar la botella de turno: whisky o ron a palo seco.

Saqué un espejito del bolsillo, me pinté los labios- el carmín era de los baratos, al contrario que los zapatos- y eché a andar como una jirafa coja hacia mi nuevo empleo, con tanto entusiasmo como si me dirigiese a mi propio fusilamiento.

No me interpretes mal: estaba contenta de tener un empleo. Muy contenta, si pensamos que la alternativa era la vuelta a mis orígenes y la miseria absoluta. Incluso estaba agradecida de que el empleo fuese de lo mío: escribir; aunque fuera sobre divorcios escandalosos, bodas cursis u operaciones de bótox. Si quieres que te sea sincera, no era esto lo que esperaba cuando entré hace años por la puerta de la facultad de periodismo. No, yo quería escribir de verdad. Analizar el mundo, esbozarlo a través de mis palabras. Quería ser una periodista seria, respetada. Y quería hacer fotografías, buenas fotografías, de esas que captan la esen-

cia de un instante, de una noticia. Dicen que soy buena con las palabras, pero sin duda mi lugar favorito se encuentra detrás del objetivo de una cámara.

Durante un tiempo creí que mi sueño se haría realidad: cuando mi nombre aparecía en todos los cuadros de honor de la Facultad de Periodismo, cuando los profesores alababan mi estilo y mi ojo crítico, cuando ganaba todos los concursos de fotografía. Algunos llegaron a asegurarme que las puertas de los principales periódicos, siempre ávidos de nuevos y voraces reporteros, se abrirían con facilidad ante mí. Fiona Archer, la nueva estrella del periodismo norteamericano.

Qué ingenua, ¿verdad?

La burbuja estalló justo al terminar la carrera, cuando las oportunidades que teóricamente iban a presentarse ante mí desaparecieron como plumas arrasadas por el viento. La opción más jugosa, un puesto de redactora en la sección de economía del *San Francisco Chronicle*, se esfumó de la forma más absurda. Todavía recuerdo el rostro tenso de Evan Gordon, el responsable de la oficina de orientación al empleo de la Universidad, cuando me dio la noticia.

—Lo siento, Fiona. No van a contratarte.

—¿Cómo? ¡Prácticamente me lo prometieron cuando estuve allí!—. Había trabajado en el *Chronicle* con una beca de seis meses y habían quedado encantados conmigo.

—Lo siento. —Evan bajó la mirada—. Recursos Humanos quiere a una persona joven para ese puesto. Al fin y al cabo es un puesto de redactor junior. Y tú estás ya cerca de los treinta.

—Solo tengo veintisiete años —murmuré derrotada. Aquello fue como la guinda de la larga serie de reveses que había ido sorteando para llegar a ese punto. Sí, de acuerdo, era “mayor” para ser una recién licenciada pero ¿qué queréis?, me había pasado la mayor parte de mi juventud demasiado ocupada tratando de impedir que mi madre se ahogase en su propio vómito y llevando comida a la mesa. Prioridades, le llaman.

—Venga, no te desanimes —me dijo Evan dándome unas palmaditas torpes en el brazo—. Seguro que aparecerá algo. Cuando menos te lo esperes, encontrarás el trabajo de tu vida

Me pasé los siguientes dos meses pululando por la ciudad como un alma en pena, repasándome los anuncios de los periódicos hasta que las letras comenzaban a bailar ante mis ojos como hormigas furiosas. Y cuando ya me veía con el agua al cuello apareció de la nada esa oferta como redactora en la sección de Sociedad de *Madame*. Sí, así se llama la revista: *Madame*, como las de los prostíbulos. Pero no os engaños: la publicación viene pisando fuerte en el panorama social y la mitad de los personajillos ávidos de fama de la Costa Oeste se pegan por salir en ella. Aunque ese dato no convertía el puesto en el trabajo de mis sueños, al menos, era algo. La entrevista fue rápida y fácil, y la persona de Recursos Humanos pareció bastante impresionada con mis credenciales. Días después recibí la llamada: el puesto era mío. Mi amiga Miranda se quedó con la boca abierta cuando se lo conté y creo que incluso sintió un poco de envidia. Estudiamos la carrera juntas, pero ella siempre ha querido convertirse en una de esas periodistas glamurosas, que escriben sobre bodas y divorcios y corren de aquí para allá con la agenda llena de contactos de futbolistas. Sin embargo, por ironías del destino, ella había acaba-

do trabajando en *Live*, una conocida revista sobre salud y vida saludable.

Así que, como os decía, allí estaba yo frente al edificio Walsh, tratando de tomar impulso para enfrentarme a mi primer día de trabajo. El cuartel general de *Madame* estaba en el último piso –justo en la uña del dedo–, así que tuve que coger un ascensor de esos enormes y silenciosos, mientras luchaba contra los nervios e intentaba ensayar en el espejo mi mejor sonrisa profesional.

Las oficinas tenían el aspecto que uno esperaría encontrar en una revista frívola y exitosa: muebles blancos y lacados, portadas a gran escala de números anteriores decorando las paredes –vi los torsos desnudos de varios actores y modelos– y un ambiente de dinamismo y despreocupación en el que inmediatamente me sentí fuera de lugar. Mis zapatos de cien dólares enrojecieron en comparación con los botines de diseño de la secretaria que me recibió, y mi bolso de mercadillo sintió tal vergüenza que estuvieron a punto de salirle patas para que pudiera huir. Era como llevar un cartel de neón: mi ropa barata, mis zapatos rígidos, mi cara de hambre. Sentí envidia de Miranda, que estaría escribiendo sobre ejercicios para aliviar el dolor de espalda o los nuevos avances en medicina holística.

La secretaria me dedicó una mirada de indiferencia entre pompas de chicle y me indicó un perchero para que pudiera colgar mi abrigo.

—Sígueme —me indicó—. Tracy quiere verte.

Aquello me dejó descolocada. Tracy Swanson era la directora (y la dueña) de *Madame*, y lo último que esperaba era que quisiera verme en persona el primer día, en lugar de dejarme en manos de algún otro periodista para que me diese orientaciones. Seguí a la chica por los pasillos mien-

tras trataba de recordar todo lo que sabía de la mujer que, con un pasado de chica pobre en algún pueblo perdido de Montana, había logrado camelarse a Caesar Swanson, el dueño de uno de los imperios ganaderos más importantes del país y el principal accionista de *Bones*, la cadena de restaurantes especializados en chuletones que estaban causando furor por todo el país; incluso en California, la tierra de las ensaladas y los batidos verdes. Cuando Caesar falleció, a su viuda le dio por entrar en la industria de los medios de comunicación y así fue cómo surgió *Madame*. Esos eran los datos que yo tenía de ella por aquel entonces, pocos pero suficientes para hacerme una opinión: mujer florero jugando a los negocios.

Su despacho era diáfano, tan blanco que me dio la sensación de haber entrado en otra dimensión. Reconozco que me quedé impresionada al verla. Tracy Swanson pasaba de los cincuenta, pero todavía era espectacular: pelo negro, nariz recta, labios tan gruesos que se podría descorchar con ellos una botella de cerveza. Sus ojos, sobre todo, me impresionaron: eran grises y astutos y me recorrieron de arriba abajo con tanta insistencia que me sentí desnuda. A pesar de los círculos en los que se movía no parecía haber sucumbido a la moda de las operaciones de estética, y su mirada estaba enmarcada por un haz de finas arrugas que se entrecruzaban creando un laberinto. En realidad no tenía pinta de mujer florero; parecía dinámica, capaz. Un águila.

—Siéntate, Fiona. —Su voz era suave, en contraste con su aspecto enérgico— Bueno, tu currículum es excelente. La segunda de tu promoción, una media de sobresaliente. Una alumna modelo, ¿eh?

—Eso parece, sí —dije con voz tensa. Para lo que me había servido.

Tracy me miró fijamente, casi sin pestañear. Si yo fuera un insecto, notaría el crujido de mis alitas al quebrarse bajo su escrutinio. Fui la primera en bajar los ojos.

—Ajá —dijo—. De modo que eres una de esas chicas serias y juiciosas que se creen por encima de todo. Crees que revistas como *Madame* le hacen un flaco favor al periodismo, ¿no es así? Crees que somos un subproducto, una revista para mentes vacías y personas ociosas, que profanamos la profesión. ¿Tengo razón?

Por supuesto, la tenía. Muy a mi pesar me quedé impresionada por lo rápido que me había calado. Escribir para *Madame* no era ni de lejos mi empleo soñado, pero tenía que hacer de tripas corazón. Necesitaba trabajar. Tenía que pagar las facturas y mi madre necesitaba llevarse a la boca algo más que botellas de *Beefeater*. Obsequié a Tracy con una amplia sonrisa, más falsa que un dólar de madera.

—Simplemente no estoy familiarizada con las revistas de sociedad.

—Sociedad, querida. Tú misma lo has dicho. Aquí hacemos una labor social, azucaramos las vidas de la gente, les damos una ventana por la que respirar cuando quieren olvidarse por un rato de sus problemas. No deberías despreciar este tipo de periodismo.

—No lo hago —mentí.

Tracy sacó una revista de un cajón- el número más reciente de *Madame*- y lo esgrimió ante mí como un escudo. Me quedé mirando la portada: el anuncio del divorcio de una conocida pareja de *socialités*, la escandalosa fiesta de cumpleaños de una presentadora de TV, el presunto "bombazo" de alguna oportunista que aseguraba ser la amante de

un futbolista casado. Mi cara era un poema. Labor social, sí seguro.

“Venga, Fiona, di algo”, me insté a mí misma. Tracy seguía observándome como un aguilucho, tratando de leer mi expresión, y meforcé a sonar lo más entusiasta posible.

—Estoy deseando comenzar a trabajar aquí —dije con un tono de voz falsamente alegre.

Por supuesto, ella no me creyó.

—Bien —dijo dedicándome una sonrisa tensa—. De momento, y como estoy segura de que tienes un montón de prejuicios sobre el sector y sobre las jefas pijas y estiradas como yo, trataré de no decepcionarte. Tomo el café sin azúcar, doble y con una nube de leche todas las mañanas a las ocho. Tú serás la encargada de traérmelo, hasta que bajes del pedestal y puedas empezar a escribir sobre cotilleos y escándalos.

Eso fue todo. Salí de su despacho con la sensación de que me había puesto en mi sitio sin despeinarse y con la certeza de que mis sueños se habían resquebrajado un poco más. La realidad se imponía y las ilusiones no tenían lugar en ella. Sobre todo cuando una se llamaba Fiona Archer y no tenía más posesiones en este mundo que una madre alcohólica y un pasado que olvidar.

A partir de ahí, los días en *Madame* comenzaron a sucederse con una cadencia predecible: cafés matutinos para Tracy, repaso de las redes sociales de la revista, conversaciones insustanciales con los otros periodistas, casi todos ellos tan estirados y frívolos como la propia directora. Al final de la primera semana Tracy consideró que ya estaba en condiciones de redactar mis primeras notas de prensa: co-

lumnas fatuas sobre temas y personas que no me interesaban en absoluto.

Me conformé, lo cual no significa que me sintiera satisfecha. Mi vida era monótona y mi estado de ánimo tan gris, que temía que en cualquier momento iba a confundirme con las paredes, como un fantasma desdibujado.

Hasta que todo cambió.

JAMÁS LE RECOMIENDO A MI MADRE LAS TÍAS QUE PASAN POR MI CAMA

Blake

—Ha estado bien.

Me giré hacia la chica que acababa de hablar, pero mi mirada estaba tan desenfocada que no conseguí verla bien, como si tuviera delante un televisor estropeado. Parpadeé varias veces, hasta que la imagen se hizo más clara: morena, ojos azules, labios carnosos hinchados tras el sueño y también por todo el uso que les había dado durante la noche. Piernas larguísimas, un tatuaje corriendo por su espalda hasta desembocar en la nalga derecha. Desnuda.

Los recuerdos de la noche anterior comenzaron a asaltarme: las copas en *Petty's*, la chica con el impresionante vestido dorado que se me había acercado sonriente y, más tarde, ella y yo montándonoslo en el lavabo y después en mi casa y en mi cama. Seguí mirándola mientras trataba de recordar su nombre... un nombre ligeramente exótico que me recordaba a *croissants*... Paris, eso era.

Ella carraspeó, preocupada ante mi silencio.

—Ha estado bien —repitió, esta vez con cierto tono de duda.

—Sí, desde luego que sí —aseguré. Mis despertares son horribles, pero no había motivos para ser maleducado con ella, sobre todo teniendo en cuenta que todavía no me había preguntado ni una sola vez por mi madre ni por *Madame*. Ya era algo.

Salí de la cama del mismo modo que llevaba haciéndolo desde que había vuelto a San Francisco, desorientado, con la cabeza a punto de estallar pidiendo a gritos su café diario y la lengua convertida en un trozo de cartón. Lo de despertarme al lado de una mujer que no conocía y a la que no tenía el menor interés en volver a ver tampoco era nuevo. Como siempre, imaginé lo que hubiera dicho Caesar de verme así, su cara de decepción y su ceño fruncido, pero aparté rápidamente el pensamiento como quien espanta un mosquito. No era un tema apropiado para esas horas de la mañana.

A todo esto, la tal Paris seguía mirándome desde la cama con expresión de gata perezosa, sin ninguna prisa por levantarse, que era precisamente lo que yo estaba deseando que hiciera: salir de la cama y marcharse cuanto antes, dejándome a solas con mis pensamientos. Sin embargo, una vez más, decidí ser cortés.

—¿Quieres un café? —le pregunté mientras me dirigía a la cocina. Ella se levantó de un salto y asintió siguiéndome fuera del dormitorio, todavía desnuda, con la actitud segura de sí misma de quien tiene muy claro que sigue siendo espectacular incluso en pelotas y con aliento mañanero. Y, objetivamente, así era: un cuerpo de formas perfectas, dos tetas como dos montañas que pedían ser escaladas y un estómago tan plano que se podría jugar sobre él una partida de ajedrez. Una belleza que en este momento no me inspiraba nada, aunque estaba claro que la noche anterior no pensaba igual.

—¡Ohhh, tienes una Slayer! —ronroneó acariciando mi cafetera como si fuese un cachorrito—. Son carísimas... —añadió como revelándome un secreto que yo no supiera.